

PRÓLOGO

No levantamos cabeza. Desde 2008 crisis de todo tipo se han venido sucediendo sin apenas pausa y, para remate, una guerra sobrevenida en Europa, donde parecía reinar la paz desde la II Guerra Mundial (si dejamos al margen el caso de Yugoslavia), pone patas arriba el orden mundial, el estatus geopolítico y el económico, situándonos al borde de una recesión mundial, que ya hay quien da por hecha.

Los Gobiernos cada vez resultan más inestables y la indignación o la indiferencia de la ciudadanía está al alza. Al maremoto trumpista en EE. UU. hay que sumar el fin de la era Merkel en Alemania, la pérdida de la mayoría por parte de Macron en Francia y, en estos momentos, la dimisión de Draghi, el que decían era el modelo a seguir, deja a Italia en manos de la ultraderecha, en el caso de que se adelanten las elecciones. En España, ya lo estamos viendo, reina la incertidumbre con los bandazos del Gobierno y la política de acoso y derribo practicada por una oposición que ve cómo, al final, el Gobierno de coalición de Pedro Sánchez, tachado de débil y de falto de unidad, puede acabar su legislatura gracias a su reacción en pos de políticas de izquierda y a la reactivación de sus relaciones con sus aliados políticos. En todo caso, una situación muy confusa para los votantes, por las maniobras políticas tanto a derecha como a izquierda.

Esta inseguridad, tanto política como económica, la sufren día a día los ciudadanos, los paganos de todas las crisis. La mayoría de los ciudadanos, los de todo el mundo, me refiero, sufren grandes estrecheces económicas o directamente caen en la miseria, sin entender lo que está sucediendo y culpan de todo lo que pasa a los políticos. Esta situación no es nueva en la historia, recordemos lo acontecido en el período de entreguerras: una situación semejante que abrió las puertas a los gobiernos autoritarios y al nacional populismo de extrema derecha. La democracia corre, pues, un grave peligro.

Sé que en estos momentos –con la covid rediviva, los problemas domésticos y locales y, por si fuera poco, las olas de calor desbocadas y los incendios arrasadores, situaciones que absorben nuestros pensamientos y conversaciones– fijar la mirada para este prólogo en cuestiones globales parece toda una osadía y, posiblemente, una inutilidad. A pesar de todo esto, creo que merece la pena, pues ninguna de esas cuestiones perentorias que nos abducen se pueden explicar, comprender y buscar salidas sin ahondar en lo global, en lo que afecta al mundo entero en su conjunto: en los conflictos estratégicos y alcances geopolíticos; en la disputa por los mercados energéticos y de los recur-

sos para la industria; en la crisis medioambiental; en la carrera, también estratégica, por el dominio de la tecnología más avanzada; en los déficits sanitarios y alimentarios que afectan a buena parte del planeta. En resumidas cuentas, en cómo estamos y cuáles son las perspectivas de futuro para la humanidad.

Así que pasaremos a reflexionar primero, tan solo sea un poco, sobre lo que está pasando ahora mismo en el mundo y la situación generada por la guerra de Ucrania para, luego, en una verdadera pirueta, tratar de relacionar todo esto de lo que vengo hablando con una fase de la historia de España, la que dio luz a nuestra actual democracia. Me refiero a la Transición, período que será objeto de unas nuevas jornadas de historia en el próximo otoño por parte del CELAN.

¿UNA NUEVA GUERRA FRÍA?

Estos días atrás, el 29 y 30 de junio, se celebró la cumbre de la OTAN en Madrid, conmemorando el 40 aniversario del ingreso de España en la organización. En su origen se trataba de una alianza militar y de seguridad entre los países de un lado y otro del Atlántico con un sentido defensivo. Nació en 1949 en un contexto de “guerra fría”, un estado de tensión permanente que llevaría a sus rivales, el bloque de países socialistas, a fundar en 1955 el Pacto de Varsovia con el fin de contrarrestar el poder de la OTAN. Caída la URSS y disuelto su acuerdo militar, la OTAN ha evolucionado en un sentido más político hacia una organización de seguridad global. Este planteamiento, previsto ya en la cumbre de Lisboa de 2004, queda reafirmado por lo decidido en la cumbre de Madrid, a pesar de la atonía en que parecía estar sumergida por el desinterés de Trump, que llegó a amenazar con el abandono, y las aspiraciones europeas a una política de defensa propia. Recordemos que Macron llegó a diagnosticar la “muerte cerebral” de la OTAN. Sin embargo, la guerra de Ucrania no solo la ha revivificado, sino que la ha dotado de una unidad momentánea inimaginable entre sus socios y, además, la ha ampliado territorialmente con las incorporaciones de Suecia y Finlandia.

El giro fundamental en la política de la OTAN ha sido definido como el “Nuevo Concepto Estratégico”. El contenido de la cumbre ha girado en torno a tres ejes principales:

- a. La región del Indo-Pacífico con la “amenaza” china como centro de atención, a instancias de EE. UU. (de ahí, la asistencia de representantes de Japón, Corea del Sur y Taiwan).

- b. El flanco sur de Europa para tratar la desestabilización proveniente del norte de África y del Sahel, a instancias de España y otros países mediterráneos.
- c. La guerra de Ucrania, sobrevenida a última hora y que ha condicionado el desarrollo de la cumbre. Unánimemente se declaró a Rusia como responsable y se aprobó la ayuda al Gobierno ucraniano para su defensa.

La declaración salida de la cumbre señala a Rusia como enemigo y como amenaza a China. Estos elementos suponen un giro transcendental en el camino de la organización. Hasta ahora, Rusia estaba considerada como un país con el que mantener relaciones deseables y en cuanto a China, si bien venía siendo ya señalada como “competidora estratégica” por parte de anteriores administraciones estadounidenses a la que hay que disuadir, los europeos preferían mantenerse al margen de la disputa chino-americana. Por otro lado, con esta declaración el marco de actuación se aleja aún más del Atlántico al ampliar las preocupaciones estratégicas hasta la región Indo-Pacífico, de interés estratégico vital para EE. UU. En este sentido Biden prosigue la política de Trump y su empeño en que se incrementara el gasto en defensa por parte de todos los aliados. Hay que reconocer que tenía razón Trump cuando denunciaba que EE. UU. estaba pagando la defensa de todos los países de la OTAN, porque es verdad que ha venido contribuyendo con más del 60 % del presupuesto y que son pocos los Gobiernos que destinan el 2 % del PIB a defensa, como se acordó en la cumbre de Gales (2014). Pues bien, todos los países se han comprometido en Madrid a incrementar sus gastos en defensa en esa dirección.

También ha servido la cumbre de Madrid para afirmar más fuertemente las relaciones bilaterales España-EE. UU. con la declaración conjunta suscrita por Biden y Sánchez. Josep Piqué, ferviente atlantista –exministro de Asuntos Exteriores con Aznar e interviniente en la primera declaración, la del año 2001, firmada por él mismo y por Madeleine Albright, ministra de Estado de Clinton–, saluda con entusiasmo (en *Política Exterior*) esta reconducción de las relaciones entre ambos países, enfriadas durante el Gobierno de Rodríguez Zapatero (a quien reprocha su antiatlantismo y su animadversión hacia EE. UU.) y no recuperadas durante el Gobierno Rajoy. Según Piqué, esta declaración recoge el espíritu de la primera, si bien adaptada a las actuales circunstancias, y asegura que se va a intensificar la cooperación en seguridad, que incluiría la migración segura y una mejora de la seguridad energética y del suministro de materiales críticos, así como una mayor cooperación comercial y política. Se hace difícil no relacionar este acuerdo con el cambio de posición por

parte de España en su política en relación al Sáhara, suscribiendo la solución patrocinada por EE. UU., y la sustitución del gas argelino, cuyo aporte se ha reducido como reacción a ese golpe de timón, por el norteamericano.

En lo concerniente a las migraciones y a la política destinada a la región del norte de África-Sahel, muchos señalan que, aunque se nombra en la declaración, no hay nada concreto que permita pensar que esto va en serio. Una vez más, el Mediterráneo parece sacrificarse en favor de los intereses geoestratégicos en otras zonas de Europa.

El éxito de la cumbre de Madrid no puede ocultar que haya muchas dudas sobre lo que significa este “Nuevo Concepto Estratégico” y que muchos analistas adviertan de peligros en su implementación y de apenas consecuencias a escala mundial.

Arantxa Tirado (*elDiario.es*), más crítica que el exministro, analiza la cumbre resaltando en especial dos ideas: que la guerra de Ucrania ha revitalizado el protagonismo político de la OTAN, plegándose sus integrantes a los intereses geoestratégicos de EE. UU., y que la confrontación expresada en la declaración conduce a la creación de dos bloques geopolíticos contrapuestos, que no responden a conceptos ideológicos, sino a intereses de expansión económica y política.

EE. UU. lleva tiempo acusando a China de “socavar el orden internacional basado en normas” e ir “contra nuestros valores e intereses”. Tirado recuerda que la OTAN no tuvo eso en cuenta en los casos de Yugoslavia, Irak, Afganistán o Libia y que el problema no es otro que el dominio chino en 5G, los materiales estratégicos y la cadena de suministros. Se trata, en suma, de una pugna por la hegemonía en el sistema internacional. Aduce, además, que EE. UU. viene demostrando un rechazo al orden multipolar que se viene construyendo desde hace ya un tiempo (“Ruta de la Seda china, BRICS, acuerdos de concertación regionales y Alianzas Sur-Sur), negándose a compartir poder con las nuevas potencias emergentes.

Desde luego, queda patente –yo creo que para todo el mundo– que las esperanzas en un proyecto de una Europa convertida en un bloque geopolítico, dentro o fuera de la OTAN, con una arquitectura de seguridad y defensa propia han quedado sepultadas en la cumbre de Madrid.

La muestra de unidad y fortaleza de esta nueva OTAN es puesta en cuestión igualmente por determinados analistas. Por un lado, estamos viendo ahora mismo cómo algunos de los dirigentes políticos, protagonistas de la firma de este proyecto, han caído

dejando sus Gobiernos en crisis abierta, mientras en otros empiezan a mostrar dudas y reticencias, cuando no disconformidades. Eldar Mamedon (*Sin permiso*) expone dos situaciones a tener en cuenta que nos hacen dudar del mantenimiento de esa unidad. Una es la derivada de la guerra de Ucrania: EE. UU., Reino Unido y los países del Este son partidarios de un debilitamiento permanente de Rusia (algo que se puede entender mejor como postura defensiva por parte de estos últimos por su traumática relación histórica con Rusia), mientras que Alemania, Francia e Italia estarían más por un alto el fuego que permitiera una acción diplomática tendente a conseguir un acuerdo entre los beligerantes. Es fácil ver que en este caso los países citados no ven peligrar sus fronteras, pero sí su seguridad económica, dada su dependencia energética respecto a Rusia. Es verdad que Rusia está siendo afectada por las sanciones económicas impuestas por Occidente, pero también es cierto que el régimen autoritario de Putin no va a tener muchos reparos en ahogar violentamente las protestas sociales, mientras que las democracias occidentales tienen las manos atadas para hacer lo propio si se desencadena la protesta social derivada de una crisis económica.

La otra situación, según Mamedon, a la que se enfrenta la OTAN es el compromiso a largo plazo de EE. UU. con la Alianza, porque –a pesar de su despliegue militar en Europa– EE. UU. está orientando su política exterior a la competencia con China y sus principales socios van a ser los países de la región Indo-Pacífico, no los europeos, salvo posiblemente Reino Unido. Por eso, piensa Mamedon, la amenaza de Trump de abandonar la OTAN no fue el resultado de una rabieta, sino el reflejo del cambio estratégico estadounidense que se viene produciendo en su política exterior.

Por último, las consecuencias derivadas de la guerra y de las decisiones de la cumbre parecen más a la vista de todos: militarización, crisis energética/ambiental y crisis económica/social. En unos momentos de emergencia sanitaria y social, por los efectos no superados de la crisis económica anterior, se impele a un aumento del presupuesto de defensa (España, por ejemplo, está muy lejos del 2 % del PIB al que se aspira). El efecto inmediato y positivo de esta decisión ha sido para la industria del armamento, cuyas acciones se han disparado en Bolsa con solo su anuncio; sin embargo, ¿qué efecto va a tener ese aumento sobre los presupuestos dedicados a la sanidad, educación y prestaciones sociales, cuando por fin la UE se había decidido a promover inversiones en esos capítulos, con el fin de evitar lo sucedido con las restricciones aplicadas a la crisis del 2008?

En unos momentos de emergencia climática, en unos momentos en que las olas de calor producen muerte y los incendios asolan la cuenca mediterránea, estamos viendo cómo algunos pasos dados en la lucha contra el cambio climático y en defensa del medio ambiente se van al garete porque la crisis energética obliga a volver a quemar carbón y hasta a considerar la energía nuclear como una energía verde. Ahora, ¿verdad?, que parecía que se estaba tomando conciencia general de las consecuencias (porque se sufren) del calentamiento del planeta... un palo en la rueda de los proyectos de transición energética.

La crisis sanitaria vivida en el Norte ha solapado el desastre de lo sucedido en el Sur, donde la palabra “crisis” no se debe emplear pues esa es la situación habitual y perenne. Ahora, sobre las áreas más castigadas se cierne otra amenaza, hecha ya realidad en ciertas áreas africanas, la de la insuficiencia alimentaria por el bloqueo del grano ucraniano (su principal exportación) a consecuencia del enfrentamiento bélico y de la utilización de este recurso como arma de guerra por parte de Rusia.

Pero las consecuencias económicas no serán solo para los países beligerantes y para los del sur. Las sanciones económicas se están volviendo como un bumerán hacia los países sancionadores, principalmente por la reducción de suministro del gas ruso imprescindible para la economía de algunos países europeos. El descalabro económico está produciendo una inflación difícil de controlar y el peligro de una recesión económica se cierne sobre las economías occidentales como una espada de Damocles.

¿Hasta dónde llegará la crisis social resultante? ¿Cómo se traduciría políticamente el disgusto, el enfado y la impotencia de la ciudadanía? Creo que va a hacer falta mucha solidaridad, mucha política de Estado y un gran pacto para defender la democracia.

¿QUÉ NOS QUEDA DE LA TRANSICIÓN?

Muchas de las cosas que han ido saliendo en este prólogo formaban parte de los planteamientos ideológicos, de los programas políticos y del debate social durante la época de la Transición en España, ese período histórico por el que los españoles transitamos desde una dictadura, la franquista, hasta una democracia plenamente reconocida e integrada en Europa.

De la Transición se ha destacado especialmente su espíritu conciliador y casi universalmente se ha presentado como un modelo de transición pacífica para todos los países que pretenden salir de regímenes dictatoriales de una forma no traumática. Lo cierto es que no fue tan pacífica: hubo muertos por la violen-

cia terrorista e institucional, intentos de golpe de Estado y una enorme y violenta represión para controlar la calle. Pero hubo acuerdos para salir de la crisis económica que se arrastraba desde 1973 y hubo un pacto constitucional, mayoritariamente apoyado por la ciudadanía en referéndum. Los partidos políticos y los sindicatos fueron legalizados y el juego democrático se puso en marcha. Sin embargo, la interpretación sobre su naturaleza nunca ha sido unánime y las recientes investigaciones históricas siguen ofreciendo claves para un análisis más profesional y menos condicionado por los vaivenes políticos.

Resumiendo mucho, ha habido tres interpretaciones o valoraciones de este período histórico: la franquista, la digamos oficial y la de los insatisfechos.

Para los seguidores de Franco y defensores de su régimen, la Transición no fue otra cosa que una traición y su resultado, una catástrofe para España.

Para los partidos que intervinieron en el pacto constitucional, el camino efectuado para llegar a la democracia fue impecable y su resultado, la Constitución, se erigió en la norma de futuro para el sistema político español. No hay que decir que estos partidos, dominantes en los Parlamentos y Gobiernos desde entonces, dispusieron de una plataforma propagandística (TV, prensa, sistema educativo) inapelable para transmitir socialmente esta interpretación.

Para los críticos, provenientes en buena medida de formaciones políticas a la izquierda del PSOE, la mayoría de las cuales ya desaparecidas, la Transición se quedó a medias. Partidarios de la ruptura democrática, no digirieron el proceso de reformas “de la ley a la ley”, pues entendieron que la derecha franquista reciclada al reformismo había conseguido imponer un camino que, entre otras cosas, significaba la supervivencia de una monarquía legada por Franco y la impunidad de todos los políticos, militares, policías y magistrados responsables de los crímenes y de la represión política durante la Dictadura. En tiempos más recientes, entre los afines al 15-M (2015), se vino a denunciar sin paliativos que todos los males de la actual democracia eran achacables a las insuficiencias del proceso de transición. Para los partidarios de esta interpretación, la democracia imperfecta y enferma que vivimos exigía una demolición del llamado “régimen del 78”, alusivo al sistema político y de poder emanado de la Constitución de 1978.

El debate se reabría con renovadas fuerzas y no ha terminado, si bien los continuos llamamientos al espíritu de concordia per-

dido en el actual rifirrafe político y el decaimiento de las posturas políticas derivadas del 15M parecen haberlo suspendido.

Si nos paramos a pensar, aunque sea de memoria los que tenemos edad para ello, los caballos de la batalla en la lucha político-ideológica como retos de modernidad en aquellos tiempos eran entre otros: el pacifismo y antimilitarismo, la ecología, el feminismo y el igualitarismo social. De ahí que el ingreso en la OTAN, el desarme, el antinuclearismo, la apuesta por las energías verdes, el aborto y las reivindicaciones sociales (laborales, vecinales, educativas y sanitarias) formaran parte del debate en la sociedad y fueran la fuerza motriz para la actividad cívica y política de la multitud de organizaciones sociales y políticas que animaban el cotarro en uno de los períodos más intensos en cuanto a participación ciudadana de la historia de España.

En estos momentos estamos viendo cómo muchas de estas cuestiones siguen en vigencia e, incluso, algunas han dado un paso atrás. Felipe González consiguió en 1982 salvar el referéndum sobre el ingreso de España en la OTAN, fuertemente contestado socialmente. Hoy, sin embargo, la respuesta parece muy lejos siquiera de asemejarse a aquella. Los militantes por el desarme en aquel mundo de la Guerra Fría a punto del desastre nuclear por la carrera armamentística entre los dos bloques antagónicos ven ahora cómo el mundo y, particularmente nuestra Europa, se aprestan a un incremento de los gastos de armamento a consecuencia de la guerra de Ucrania y de los designios de la nueva OTAN. Entramos en una nueva era de militarización y el peligro de una escalada militar por parte de Rusia, si la guerra se alarga, puede ponernos al borde de una tercera guerra mundial y, lo que es peor, de una catástrofe nuclear.

Los viejos luchadores contra la energía nuclear, que configuraron un movimiento mayúsculo para impedir la instalación de un montón de centrales nucleares en nuestro país (Plan Energético de 1975) por peligrosas y contaminantes, ven ahora cómo la UE declara como verde este tipo de energía. El feminismo ve con estupor cómo se celebra en España el rechazo del aborto por el Tribunal Supremo de EE. UU. como si fuese un triunfo propio. Y los defensores de una Ley de Memoria Histórica que dignifique a las víctimas del franquismo y de la violencia institucional están a la espera de quedar debidamente satisfechos con la ley del actual Gobierno tras décadas de espera y decepción.

LAS JORNADAS DE NOVIEMBRE

En fin, que queda mucho por reconsiderar y por conocer de ese período crucial de nuestra historia, la Transición. Por eso, desde

el CELAN hemos considerado que es un momento más que oportuno para llevar a cabo esta reflexión y nada mejor para ello que continuar con nuestras periódicas Jornadas de Historia, que más o menos cada dos años, venimos haciendo en Andorra.

Esto será a lo largo del mes de noviembre y el programa contará con tres charlas y una mesa redonda, así como un ciclo de cuatro películas, para tratar la Transición en el conjunto del estado español, y de una exposición fotográfica y de un libro de autoría colectiva para centrarnos en la Transición aragonesa. Tomaremos convencionalmente las fechas de 1975, la muerte de Franco, y de 1982, cuando el PSOE gana por mayoría absoluta las elecciones, como límites de nuestra atención. Cumplimos, pues, los 40 años desde que se terminó este período y cumplimos también en Aragón 40 años de vigencia del Estatuto de Autonomía, aprobado por las Cortes Generales de España el 10 de agosto de 1982.

Son tiempos adversos para la actividad cultural y se nota en el descenso de participación y de asistencia en sus actos, pero esperamos que la naturaleza del tema elegido y quién sabe si el contenido de este prólogo resulten lo suficientemente atractivos para el interés de la ciudadanía y volvamos a llenar el salón de actos. Merece la pena.

HASTA SIEMPRE, ALCALDESA

Este mal año nos ha traído, además, la mala noticia del fallecimiento de M.^a José Lecina, “Fefa” para todos, alcaldesa de Crivillén, que trabajó sin denuedo por su pueblo, al que tanto amó y al que no quiso ver morir en la atonía. Se empeñó en mantenerlo vivo y nos transmitió a todos su espíritu de resistencia. Colaboró mucho con la Consejería de Cultura de la Comarca y con el CELAN, demostrando una amplitud de miras que iba más allá de lo inmediato, pues sabía bien que la cultura es el alma de una población, por pequeña que sea.

Sirvan esta líneas para rendir un homenaje por parte de todos los socios del CELAN a su figura y a su obra. Mi abrazo a Fefa y a Crivillén.

Javier Alquézar Penón

Director de la *Revista de Andorra* y presidente del CELAN
Julio de 2022